

LECTURAS PARA  
ENCONTRARNOS

# DIBUJOS EN LA CANCHITA

(CAPÍTULO 1)

Márgara Averbach



Presidencia  
de la Nación

Ministerio de  
Educación



tenemos  
patria



---

## **PRESIDENTA DE LA NACIÓN**

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

## **JEFE DE GABINETE DE MINISTROS**

Dr. Aníbal Fernández

## **MINISTRO DE EDUCACIÓN**

Prof. Alberto Sileoni

## **SECRETARIO DE EDUCACIÓN**

Lic. Jaime Perczyk

## **JEFE DE GABINETE**

A.S. Pablo Urquiza

## **SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA**

Lic. Gabriel Brener

## **PLAN NACIONAL DE LECTURA**

**Coordinadora del Plan Nacional de Lectura:** Adriana Redondo

**Coordinación editorial:** Natalia Volpe

**Diseño gráfico:** Mariel Billinghamurst, Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez

**Selección de textos:** Silvia Paglieta, Jéssica Presman

**Revisión:** Silvia Pazos

**Colección:** Lecturas para encontrarnos

“Dibujos en la canchita” de Márgara Averbach  
en *El juguete rabioso / Dibujos en la canchita*, Colección Del Mirador (242), Cántaro  
©2013 Editorial Puerto de Palos S.A.

**Imagen de tapa:** Realizada por alumnos y alumnas de 2º B de la Escuela Secundaria San Martín de Porres de Villa Hidalgo, en el taller “Guiso gráfico” con el colectivo Onaire en noviembre de 2013. Proyecto La lectura como lazo social (Plan Nacional de Lectura y Área de Inclusión Democrática en las Escuelas).

Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura

Pizzurno 935 (C1020ACA). Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075 / 1127  
planlectura@me.gov.ar - [www.planlectura.educ.ar](http://www.planlectura.educ.ar)

República Argentina, junio de 2015.

# DIBUJOS EN LA CANCHITA

## (Capítulo 1)

Jugaba bien, el Nuevo. ¿Usted lo vio jugar alguna vez? Ahora ya no jugamos, no. Pero si alguna vez volvemos a la canchita, debería venir a vernos, profe. Para mí, mirar es tan lindo... Jugar, no. Yo no juego. No me gustan los golpes. No me gustan las patadas... No quiero que me peguen. Pero mirar..., ah, mirar me encanta. Y le digo una cosa: cualquiera que mirara jugar al Nuevo, se olvidaba de todo. Era mágico. Era magia, como esa vez que fuimos al cine los cuatro.

Al principio, cuando llegó a La Isla, estaba muy solo, ¿sabe, profe? Del Nuevo, hablo, le aclaro. Tenemos que hablar del Nuevo.

Los nuevos siempre están solos. Acá no los queremos mucho. Y encima, él era como demasiado flaco, no sé si me entiende. ¿Vio lo flaco que era el Nuevo? Raro, en realidad y por acá, no nos gustan los raros. Para peor, los diez que jugaban acá cuando él llegó se conocían bien. Así que claro, no lo dejaron que jugara. No sé si usted me entiende, profe, pero él sí que entendió. Entendió enseguida. Pidió entrar una vez. Una sola. El Ruben dijo "No". Y listo. El Nuevo nada: ni protestó. Empezó a sentarse conmigo y con la Eli. Miraba con nosotras, al costado de la canchita.

Mire, por ahí, ¿quién le dice?, por ahí la cosa hubiera seguido así mucho tiempo... Por ahí todavía seguiríamos así ahora... Pero resulta que una tarde, cuando fuimos, faltaba Miguel.

No, si yo ya sé que usted lo que quiere es que yo le diga si sé dónde puede estar la Eli. Ya lo sé, profe. Y desde ya, le digo: por ahora, no. No se me ocurre ningún lugar adonde ir a buscarla. No

tengo idea. En serio. Si supiera, ya habría ido y le aseguro, ella ya estaría acá de nuevo. ¿No vio cómo está la Paula? Si yo supiera algo, ya habría arreglado todo esto. La Eli y yo siempre fuimos..., no sé, amigas o algo. Y no sé si alguien se lo dijo pero ella se fue por el Nuevo. Eso sí que lo sé. Se fue porque no aguantaba no saber.

Por eso le estoy contando lo del Nuevo. Es la misma historia.

Empezó a jugar así, profe: porque faltó el Miguel.

Estaba enfermo ese día. Siempre se agarra la gripe, Miguel, no sé, será el frío que hace acá en invierno. La madre se asustó, claro, todas las madres están asustadas desde hace unos meses, cuando se murió el Héctor, ¿se acuerda de eso? No sé si él era alumno suyo, por ahí no. La cuestión es que Miguel no vino: la madre se lo prohibió. Bah, yo creo que lo encerró en la casilla o le puso a alguien al lado para vigilarlo porque si no, él venía igual. Seguro.

Cuando llegamos a la canchita, había nueve varones y usted ya sabe: no se puede jugar con nueve. No sé por qué pero, ese día, cuando venía desde la avenida Sur (había ido hasta el almacencito a comprar algo para la abu), no sé, como que venir de ese lado me hizo ver diferente... Es raro porque pasó todo el mismo día. A veces, las cosas hacen eso: a veces, se amontonan, profe, ¿no le pasó nunca? La cuestión es que ese día la vi..., la vi fea a la canchita. En serio, le digo. Por ahí siempre había sido fea y yo no me daba cuenta. No sé... Ese día la vi mal. Estaba amarilla. Medio pelada en los bordes. Sucia. Y encima, los cuatro pulóveres de los arcos, como mojados, oscuros. Y eso que uno era celeste. Me dio tristeza, profe. Y encima miro alrededor y todo lo demás de La Isla también me parece triste de golpe... Ahora se me da por pensar que por ahí, por ahí fue porque no estaba pasando nada en la cancha y yo tenía otra cosa que mirar. Había nueve parados ahí y tres de público, la Eli, el Nuevo y yo. Todos quietos. Nada de juego. Nada de nada.



Le digo: para ese día, yo y la Eli lo conocíamos bien al Nuevo. Hacía mucho que nos sentábamos los tres en el borde de la cancha. Yo creía que él era como yo: que quería mirar solamente. Por lo menos, estaba segura de que le gustaba mucho. No se cansaba. Venía y venía y nunca había tratado de entrar de nuevo. Me acuerdo de que, una tarde, la Eli le había dado un caramelo de esos que regalaban en la escuela, usted sabe, esos que traen muy de vez en cuando. No le había costado mucho. A la Eli, digo: a ella no le gustan los caramelos; el chocolate, sí, el chocolate le encanta. Dice que entre una vez que lo come y la que sigue se olvida del gusto, pero que sabe que cada vez que lo come le gusta más. Supongo que era por eso que le había llevado el caramelo. Total, ella no lo quería... No era por el juego, porque ese día todavía no lo habíamos visto jugar, así que no era el juego. Yo creo que en ese momento, a la Eli le caía bien el Nuevo igual, por otras cosas. Por ahí, porque no había vuelto a pedir que lo dejaran entrar. Que fuera orgulloso y se la bancara, eso seguro que le gustaba a la Eli. ¿Entiende, profe? Yo creo que el Nuevo ya le gustaba un poquito. No lo había visto jugar y ya le gustaba.

Mire, otra que me acuerdo de antes de ese día es una vez que el Ruben le gritó al Nuevo que sacara las patas de la cancha. Así le dijo: "Sacá las patas de la cancha, nene". El Nuevo estaba sentado. Al borde, con nosotras. Ni siquiera creo que estuviera en la canchita, pero igual, ¿cómo se hace para saber dónde termina la cosa? No hay marcas en los bordes, ¿sabe? Usted nunca vino. Venga y va a ver. Bueno, el Ruben le gritó eso y el Nuevo abrió la mano en el aire como pidiendo tiempo, desenredó esas piernas largas que tenía y se corrió para atrás. No mucho. Un poquito, solamente. Como para que el Ruben se imaginara que ya no pisaba la raya blanca.

Porque la raya blanca es pura imaginación, ¿entiende, profe?

No hay raya blanca como en la tele. El Nuevo se corrió, sí, pero no mucho. Y ni siquiera se levantó. Yo creo que el Ruben quería que se fuera del todo. Y el Nuevo, nada. Ni se mosqueó. ¿Qué le iba a decir el Ruben? Imagínese: él estaba en el medio de la cancha, con la camiseta húmeda, listo para saltarle encima. Pero cuando vio al Nuevo, la forma en que apoyó la mano en el suelo para correrse, Ruben hizo un gesto de impaciencia, se dio media vuelta y siguió jugando. O sea: nada. ¿Y por qué? Si usted me pregunta, la verdad es que yo creo que al Ruben le dio miedo. No se lo diga, por favor. Yo no quiero líos con el Ruben. Aunque, le digo, ahora que lo veo tan mal con lo de la Eli, no sé..., hasta me da como lástima.

Bueno, le cuento. El día que vi la canchita fea por primera vez (ahora está así, ¿sabe? Fea..., por ahí porque la abandonamos y eso también me da lástima...), ese día, digo, el Miguel no estaba. Eran nueve. Y me parece que el Ruben se dio cuenta de que todos miraban al Nuevo. Todos pensábamos que ahora sí, ahora le iba a decir que entrara. Pero claro, el Ruben no quería eso, estaba empecinado. Era como una competencia de esas, entre varones, o algo. Levantó bien la voz y le gritó al Eduardo (aunque miraba todo el tiempo adonde estábamos el Nuevo y nosotras dos):

-Salís vos, Edu. Cuatro contra cuatro y listo.

No me acuerdo de las palabras justas, pero algo así.

Así era el Ruben. O por ahí, no sé, por ahí creyó que el Nuevo le iba a discutir y que se iban a pelear... Por ahí, era eso lo que quería. Se ve que no tenía idea de cómo era el Nuevo.

Y bueno, ahí, justo ahí, empezó a pasar de todo.

Estaba todo listo para jugar (aunque no sé, nunca vi un partido de cuatro contra cuatro, no creo que funcione lindo). Yo no esperaba nada. Y entonces, zas, pasaron varias cosas al mismo tiempo.

Por un lado, el Loco.

-Salgo yo -dijo-. Igual me duele la espalda.

El Ruben sonrió. ¿Las conoce, esas sonrisas del Ruben, profe? Seguro que alguna le hizo. Se las hace a los profes también: esas medio burlonas, medio como frías. Para mí, las hace porque sabe que parece que va a decir algo peligroso, que va a darle una trompada a alguien. Porque cuando las hace, todos se le asustan. Y al Ruben, le gusta dar miedo.

Lo que pasaba era que el Loco siempre quería salirse del juego. Siempre. Y el Ruben no lo dejaba. Lo necesitaba, ¿sabe, profe? ¿A quién iba a cargar si se le iba el Loco? Los demás juegan bastante bien... Mire, por ahí usted sabe todo esto, pero al Loco le dicen el Loco porque es raro. Es muy raro. Y ya le dije, no nos gustan los raros por acá... Bah, a mí, a mí me gustan un poquito, pero en general... Por ejemplo, el Loco es varón y no le gusta la pelota. Es como yo en eso: le molesta que lo golpeen. Es miedoso. Pero yo soy chica..., las chicas está bien. Pero él... Una estupidez, no creo que ser miedoso tenga nada que ver con ser chica o no. La Eli es chica y no es miedosa. Y encima, el Loco, además de miedoso, siempre está contando películas.

Yo le digo, para mí, lo que era una locura es que el Loco fuera a la canchita. El Ruben lo perseguía y se le burlaba y él seguía yendo. Yo no entendía por qué. Ahora creo que ya sé... Es tan raro el Loco, profe... Es el único que saca libros de la biblioteca de la escuela. Todo el tiempo, los saca. En serio, aunque no se lo pidan en las clases.

Pero ese día era raro. Había una luz como azul, algo duro en el aire... El Ruben no hizo lo que hacía siempre: no se burló ni le dijo "Vos te quedás acá" ni nada. Ni siquiera le volvió a pedir al Edu que se fuera. Hizo la sonrisita burlona esa y dijo:

-Bue, listo, entonces. Cuatro contra cuatro.

Mire..., ahora que lo cuento me parece que no hizo nada porque se vio venir lo que estaba por pasar. No es que sea mago ni nada, el Ruben, pero es como que se da cuenta de esas cosas. Las siente.

Y entonces, pasó otra cosa.

Pasó la Eli.

Sí, la Eli. La Eli, ella no dice las cosas, profe. Hay que adivinárselas. Como que se le quedan adentro y se le va llenando todo de rabia y miedo y qué se yo..., y después, un día así, un día raro, como ese día de la canchita, así, de pronto, como que explota. Por ahí, ahora pasó de nuevo y por eso, estamos acá charlando.

Un ejemplo: hasta esa vez, en el juego, yo era como que no sabía que la Eli quería jugar al fútbol con los varones. Ella no me lo dijo nunca. Y yo no entiendo cómo es que yo no sabía. Todos tendríamos que habernos dado cuenta, era como que no prestábamos atención. O estábamos ciegos o algo.

La Eli venía conmigo a mirar, eso ya se lo dije. A veces, llegaba antes que yo, y yo me la encontraba al costado de la canchita, con las piernas cruzadas. A ella, siempre le gustó mucho la pelota. Me decía que donde vivía antes, las chicas jugaban los domingos en un baldío. Pero no lo decía como dándole importancia, no. Lo decía así, al pasar. Y yo no le llevé el apunte. Ni siquiera estoy segura de haberle creído. Ahora le creo, claro. Porque la vi jugar y le digo, ella no empezó el día que no vino el Miguel. Ella tenía juego.

Pero yo no me fijé. Lo único que sabía era que ella y yo mirábamos juntas y que ella, cuando miraba, ya no estaba más. Yo miro y me gusta y todo y me molesta que me hablen mucho, pero ella..., ella no era que no hablara. Ella seguía el juego con el cuerpo, con los pies, los movía todo el tiempo, como si entendiera todo desde abajo.



Por eso, no sé cómo no me di cuenta de que ella quería jugar, de que había jugado antes. No sé cómo no le di importancia...

El día de la luz azul, cuando ella se metió en ese lío, yo también me di vuelta para mirarla. Fue así: el Loco estaba saliendo de la cancha y ella le gritó, como si fuera el Ruben:

-Ah, no. No -pero no le estaba diciendo que se quedara.

¿Le dije que no había ni viento? Había como un silencio raro, pero a ella no le importó. De pronto, fue como si alguien la hubiera soltado: se fue caminando hasta donde estaba el Ruben y lo encaró.

-Entramos él y yo -dijo y señaló al Nuevo-. El Loco, que salga, ¿no te das cuenta de que él no quiere jugar?

El Ruben, nada. Nada. Eso era lo más raro de todo.

Ella siguió.

-¿De qué tenés miedo? -le dijo-. ¿No que siempre decís que vos jugás con cualquiera?

Como que no le dejó salida, profe. Si él le decía que no, iba a tener que empujarla porque ahora ella estaba en la canchita. Y estaba así, los pies separados, como para quedarse.

¿El Ruben...? No sé, profe. No sé.

Por ahí, nadie se da cuenta y al final, él también es un miedoso. Con otras cosas, claro. Pero por ahí..., él también tiene miedo. Y por ahí, se me ocurre ahora, por ahí a cualquier otra chica la hubiera lastimado. Por ahí, fue porque era la Eli... Lo veo tan mal ahora, profe. Esta mañana vino a mi casa a preguntarme si yo sabía dónde estaba ella y a mí me pareció que le temblaba la voz...



## MÁRGARA AVERBACH

Escritora, traductora, docente (Buenos Aires, 1957). Vive en Lomas de Zamora. Estudió Letras y Traductorado Literario de inglés. Se ha dedicado a investigar la literatura de las minorías étnicas estadounidenses. Como traductora, editó más de cincuenta novelas y ha colaborado en varios medios periodísticos haciendo crítica literaria. Escribe y publica ficción para chicos, jóvenes y adultos.

Algunos de sus libros son: *El año de la vaca*, *La charla*, *Umbrales*, *Estampida*, *Dibujos en la canchita*, *Una cuadra*, *Cuarto menguante*.

Ha recibido numerosas distinciones, entre ellas el premio Maestra Latinoamericana de LIJ 2011, entregado por “La Hormiguita Viajera” (CONABIP) y el premio Konex 2014 a las Letras en la categoría Juvenil.





Ejemplar de distribución gratuita.  
Prohibida su venta.